



G. Staal.

Imp. P. Chardon aîné, Sr. r. Hautefeuille, Paris.

F. Holl.

## ASPASIA.

I



Al pronunciar solo el nombre de Aspasia evocamos la imagen de una gran cortesana, bella, discreta, instruida y sagaz, que supo cautivar en sus redes al hombre mas grande de su época, y no solo cautivarlo, sino hacer de él su marido. Singular matrimonio que á primera vista aparece en cuanto á ella como una de esas excepcionales bienandanzas de que la historia ofrece mas de un ejemplo, y por lo que á él respecta simplemente un desigual enlace, cual muchos que diariamente presenciarnos. Reflexiónese, no obstante, cuánto mas profunda era en la sociedad griega la division de clases que nunca lo fué en la nuestra; recuérdese lo tenaz de las preocupaciones que se interponian entre Aqueos y bárbaros, entre nacionales y extranjeros, y entre los ciudadanos mismos de un solo Estado, separándolos en categorías mas por matices que por colores; tráigase á la memoria, en fin, que Aspasia, lejos de ser una individualidad excepcional, pertenecia en Atenas á una clase femenina, harto numerosa, cuyo elevado representante era tanto por la hermosura cuanto por las habili-

dades y el ingenio, y de la cual no salió sino al casarse; y comprenderse fácilmente que asimilarla á la *cortesana*, tal como la vemos y la concebimos hoy, fuera faltar á un tiempo á la verdad y desconocer la historia. Con las costumbres y las necesidades que la engendraron desapareció la especie de que Aspasia fué el acabado tipo; y basta consultar las eruditas obras de diversos autores así alemanes como ingleses, raza literaria en las pesquisas históricas infatigable, para convencerse que en ese punto la semejanza entre lo antiguo y lo moderno tiene menos de realidad que de apariencia. La sociedad, sea la que fuere, tiende siempre á eludir á su manera la ley moral que la rige, ley saludable, sin duda, pero al cabo barrera que contiene las pasiones y los instintos enfrena.

En la nuestra, por ejemplo, las mugeres que viven fuera y contra la ley conyugal, ¿qué son en resumen? lo que conviene á los hombres á quienes están destinadas á servir de distraccion y recreo; porque en verdad, y á pesar de las pretensiones de *igualdad* que hoy reclama el sexo femenino, sea que haya en el nuestro en globo considerado un poder de iniciativa, una facultad de trasformacion que al bello le falta; sea que entrambas dotes se las debamos al derecho mismo que nos hemos arrogado de gobernar esencialmente la sociedad, el hecho es que los hombres son los que moralmente forman á las mugeres. Un siglo, como el que vivimos, por los intereses materiales dominado, á la especulacion entregado, y en las empresas industriales abismado, necesita mugeres que teniendo la belleza, las gracias, los seductores atractivos de los Aspacias, carezcan, sin embargo, de la superioridad intelectual y artística de aquellas. Supóngase una muger, hermosa cuanto se quiera, pero capaz de hablar de astronomía como Arago, de filosofía cual Maistre, de juzgar con inteligencia y doctrina las obras maestras de las bellas artes; y díganenos cuál sería su suerte, dado que viviese en condiciones sociales como las de Aspasia... Tal vez, y cuando mas, viérase convertida en ídolo de una media docena de ilustres ingenios, albergados en caducos cuerpos; y acaso fuera por la muchedumbre considerada como una Divinidad desconocida.

Otra cosa era en lo antiguo, como puede verse en un notable escritor de nuestros dias que al pormenor nos ha descrito los diferentes estados

por que ha pasado la muger, desde los siglos clásicos á la época presente, para llegar á la condicion en que hoy la vemos.

A la compañera, digna y respetada, del hombre en los tiempos heroicos, sucede el *ama de casa* libre en el nombre, de hecho esclava; el autor á que acabamos de aludir atribuye en gran parte ese cambio, al advenimiento de la Democracia, mas en verdad no acertamos en qué funde tal opinion como en la coincidencia de entrambos hechos no sea. ¿No bastan para explicar la decadencia de la muger entre los Griegos, las colonias que estos fundaron en el litoral asiático, y sus consiguientes relaciones con los Orientales?

Hay pueblos que tienen una maravillosa facilidad de asimilacion con las costumbres de los otros á quienes tratan ó combaten; y hoy mismo, los Franceses, modernos Atenenses, por poco que en contacto nos hallemos con los extrangeros, siempre de ellos tomamos mucho mas que de lo nuestro les dejamos, y de allí por donde un Inglés pasa sin perder un solo átomo de su personalidad, salimos nosotros á duras penas sin trasformar del todo la nuestra. Todavía se dice el *Africa francesa*: es muy posible que dentro de un siglo se diga la *Francia africana*.

Mas como quiera que fuese, al Atenense, por naturaleza elegante, voluptuoso, artista, filósofo, en el decir discreto, aficionado á la intriga, y por ambicion pródigo, ¿cómo no habia de causarle tedio su legitima esposa, con la eterna conversacion de los negocios domésticos, con su ignorancia fruto de la claustracion misma, con la acrimonia inseparable de la virtud evidente y no obstante desconocida ó menospreciada? Ni el amor mal llamado *platónico*, y cuyo verdadero nombre debiera ser el *amor cristiano*, existia entonces, ni para los Griegos habia nada fuera de las formas, que á la verdad idealizaban en cuanto al hombre le es posible. Sus dioses mismos eran corporales, tangibles, por decirlo así; animados de las mismas pasiones del hombre, que últimamente presumia de ser de ellos descendiente; y así se les veia magestuosos ó ridículos, probos ó ladrones, envidiosos ó magnánimos, parciales ó justicieros, bellos ó deformes, sin que ni de recibir heridas como los simples mortales les preservara su divinidad. ¿Cómo, pues, habian los Griegos de conocer ese amor de los sentidos independiente, que no es mas que un pálido reflejo

del que debemos al Ser Supremo inmaterial, justo, bueno, omnipotente, creador de los orbes, ante quien desaparece el polvo de que somos formados, y cuya santa mano es la que ha de separar del barro de nuestros cuerpos el destello vital que le anima, para abrirnos las puertas de la inmortalidad purísima? — Pero tal es el poderío de ese germen depositado por Dios en nuestros corazones, que aun antes de que su palabra le desenvolviera al calor de la revelacion, ya nos turbaba, nos conmovia, nos dominaba y á su impulso lanzábamonos ciegos en pos del error que mas á la verdad se parece entre los que nos iluden.

Sensuales distracciones, no les faltaban ciertamente á los Atenienses, pues las cortesanas tan antiguas son como el mundo: pero ya la belleza física no bastaba á satisfacer aquel pueblo idólatra de las formas. Dilitada la esfera de su inteligencia, y su espíritu elevado á grande altura, llegó el momento en que iluminándose su filosofía con un rayo precursor del cristianismo, fuéle necesario unir á la brutal satisfaccion de los sentidos, los puros goces del ánimo; y como pocas veces cuando la especie humana siente realmente una necesidad nueva, deja de hallar en sí misma recursos para satisfacerla, del vulgo de las cortesanas surgió entonces una deslumbradora clase de mugeres, tal como no ha vuelto ni volverá probablemente á conocerse en el mundo. Nacidas, por decirlo así, para los Atenienses, de su suelo espontáneo fruto, las cortesanas del nuevo género, en Atenas y en Grecia es donde hay que buscar su tipo; pues aunque Roma, por ejemplo, donde las costumbres helénicas se propagaron rápidamente después de la conquista de aquella clásica tierra, tuvo sus esclavos notables por el saber y la inteligencia, que ya eran administradores de la hacienda de sus dueños, ya preceptores de sus hijos, ya poetas ó ya filósofos, en punto á mugeres nunca conoció mas que dos clases, la honrada de las matronas, y la despreciable de las vulgares cortesanas. Toda la diferencia entre las de la ciudad eterna, y los comunes de Atenas, reduciase á que las primeras podran *alquilarse* á un hombre por tiempo determinado, en virtud de contrato legal, cuya ejecucion podia por cualquiera de las dos partes reclamarse ante los tribunales. ¿Quién no ve en tan singular procedimiento la rusticidad de las costumbres romanas, y lo austero de aquel espíritu mas inclinado á la política que á las artes?

Las cortesanas griegas de superior gerarquía, llamadas *Hetairas*, constituian en aquella sociedad una de esas clases neutras que la ley rechaza, y las gentes admiten, cuando no acontece precisamente lo contrario. Así Aspasia profesaba en público el arte de agradar, y no solo concurrían á sus lecciones los mas ricos ciudadanos de Atenas, sino que consigo llevaban á sus mugeres y á sus hijas, lo cual prueba que la supuesta claustracion de las últimas no era tan severa como quieren decirnos.

Generalmente hablando, así las *Hetairas* como las *Pallakais*, ó meretrices vulgares, eran esclavas de origen, mas no aparece que Aspasia hubiera nunca llevado el yugo de la servidumbre, circunstancia que explica cómo un hombre tal que *Pericles* pudo, sin comprometer su buen nombre, repudiar á su legitima esposa para casarse con la célebre cortesana.

En resumen, esnos hoy poco menos que imposible determinar á punto la verdadera condicion social de tales mugeres: pues si bien de hallarse excluidas de los sacrificios y de algunas otras ceremonias públicas parece inferirse que estaban por el público muy mal miradas, en compensacion, lo que por una parte perdian por la otra lo ganaban.

Ciertamente nunca ni en parte alguna han gozado las mugeres de la consideracion, de la libertad, y aun del poder efectivo que en Francia; y sin embargo cuando en su asamblea republicana de 1848 se propuso admitirlas al ejercicio de ciertos derechos políticos hasta aquí al hombre reservados, un clamor general desechó la mocion como un delirio de los utopistas. A la verdad poco ganara el bello sexo con tal reforma: los poderes ocultos suelen no ser los menos eficaces.

Volviendo á nuestro asunto, la especie de mugeres cuya mas elevada expresion es Aspasia, fué en la historia fenómeno excepcional, sin mas analogía con la clase meretriz de nuestra época, que lo resultante de lo material de la profesion, y de los vicios inherentes á la naturaleza humana, que con mas ó menos intensidad se desarrollan segun los tiempos y las circunstancias. La prostitucion en lo antiguo como en lo moderno, hoy como mañana, tendrá siempre en el fondo unos mismos caracteres: la necesidad del lujo excitando la codicia femenina; el lujo de las mugeres cebo á la vanidad y á la concupiscencia del hombre; la inconstancia, calculada unas veces, represalia otras; la perfidia como medio para asegu-

gurar los provechos de la infidelidad ; y el cinismo en fin, inevitable consecuencia de una vida á los amores al acaso consagrada, cuando no á la sensualidad sin amor alguno.

## II

Breve seria, si á lo que dan de si documentos que hasta nosotros han llegado se limitase la historia de Aspasia ; pues con decir que nació en Mileto, ciudad Jónica, de donde salió para establecerse en Atenas ; que fué tan docta como bella ; que dió lecciones á Sócrates de retórica, de política, y de alguna otra ciencia reservada ; que hizo cosas que solo en latín se dicen, casándose con Pericles, previo práctico ensayo de la vida conyugal, y llevando su complacencia con él á punto que callar conviene ; que por efecto de esa complacencia misma y quizá mas por haber osado explicar, segun las doctrinas de Anaxágoras, ciertos fenómenos que entonces pasaban por prodigios — los eclipses, por ejemplo — en virtud y como resultado de causas naturales, fué acusada Aspasia de impiedad por la teocracia de su tiempo, y si escapó con vida debióselo á las súplicas y lágrimas de Pericles ; y que en fin, viuda del grande hombre, unióse en segundas nupcias con un tratante en ganado vacuno, á quien la cortesana elevó con sus artes á los mas altos puestos de la república, nuestra tarea estaria en realidad desempeñada.

Quedábanos á la verdad todavía para dar á la historia de la muger celeberrima que nos ocupa, un cuerpo aparente al menos, el recurso de buscar en la historia de la antigua Grecia, como si dijéramos un vehículo, ó materia inerte, que sirviéndonos á diluir lo sustancial en el caso, engañara mas que entretuviese la curiosidad del lector. Pudiéramos, en efecto, como Simónides, hacer la milésima edicion de la vida de Pericles, so pretexto de escribir la de Aspasia ; plagiar un poco á Barthelemy, y á Bayle, y á Moreri, con un mucho á Plutarco ; tomar lo que mas á cuento nos viniera de Herodoto, Tucídides y Jenofonte (*in OEconomico*) ; hablar de la guerra del Peloponeso para condenar severamente á los hombres de Es-

tado que por las mugeres gobernar se dejan ; con motivo de la acusacion de impiedad, darle al paso una leccioncita á Voltaire, por haber dicho, con su habitual ligereza, que los procedimientos judiciales en materia de religion, completamente desconocidos entre los antiguos, son una de las locas invenciones del Cristianismo ; y sumando, por último, combinando y homogeneizando tales elementos, sazonar lo resultante con la dosis competente de consideraciones políticas, literarias y artísticas en limado estilo : producir en resúmen una biografía como cualquiera. Repugnándonos, empero, tales subterfugios, fuímonos á confiar nuestro embarazo, y preguntar si algo mas de lo arriba indicado se sabe de la vida de Aspasia, á cierto amigo nuestro, gran erudito, aunque todavía del público ignorado, que sabe mas idiomas de los que yo enumerar pudiera, que ha consagrado veinte años de su vida y rentas á correr el mundo á caza de manuscritos y monumentos ; que prefirió siempre á la sociedad de los sabios de profesion, la del pueblo, siempre viva tradicion de las añejas costumbres ; y que en breve dará á luz un curioso libro en que retrata los hombres y pinta las cosas de la antigüedad con colores enteramente nuevos para el público.

« Nada se sabe, me dijo mi erudito ; nada en realidad, mas de lo que todo el mundo repite ; y sin embargo yo puedo suministraros datos nuevos é inéditos. ¿ Sois el encargado de la biografía de Aspasia ?

— Sí, amigo ; desdichadamente.

— Pues aquí tengo lo que os conviene, en un manuscrito cuyo título dice : *Este es un extracto del libro de Polycastor el Megariense sobre las causas que originaron la guerra del Peloponeso, hecho por Alcimeno de Mileto.* — Tomaré nota de lo que en él me parezca á propósito para la biografía, y os lo comunicaré mañana.

— ¡ No sabeis el favor inmenso que vais á hacerme ! Pero, decidme : ¿ vuestras noticias de Aspasia concuerdan con lo que de ella se escribe generalmente ? »

Diciendo así puse en manos de mi amigo lo que el lector ha visto ; y él, después de pasar ligeramente la vista por mi escrito, devolviómelo sonriéndose y diciéndome :

« ¿ No os asombra el aplomo con que los eruditos á la violeta, y no á la

violeta, nos afirman que una muchacha de diez y siete años le dió lecciones de retórica y de política á un hombre como Sócrates, ya entonces casi en toda su madurez? Indudablemente era Aspasia un superior ingenio, una de esas plantas que con el aire, la luz, el sol y la lluvia tienen lo que les basta para crecer y desarrollarse lozanas, robustas y de vegetación exuberantes: pero la verdad es, que nada le enseñó á Sócrates, y también que de él aprendió el gran secreto, entonces, de la unidad de Dios. En eso estribó fundamentalmente la acusación contra ella intentada: pero como el poder de la verdad es tan grande que el error mismo la siente, los fautores del paganismo, no osando ni hablar de aquel luminoso principio que por la base minaba el edificio de su falsa religión, limitáronse prudentemente á decir que Aspasia negaba el poder de los dioses. Por lo que respecta á Pericles, su marido y salvador, debo decirlo puesto que de tales y tan eminentes personajes tratamos, que á mi juicio fué profundamente ateo. Por una parte el convencimiento de lo vano y ridículo de la religión en su país exclusiva, su orgullo por otra parte nacido tanto por desprecio de los demás cuanto del sentimiento de su propia superioridad, lleváronle sin duda á renunciar á todo género de creencia.

Sin embargo, amigo, guardaos de dar fe ni á una sola palabra de la infame acusación del comediante Hermipo, vil juglar que haciéndose el eco de vulgares calumnias, pretendía que Aspasia, para conservar sobre Pericles su dominio, tenía siempre en torno de sí un séquito de lindas pero impuras jóvenes, que servían de nefando lazo entre ella y su esposo. ¡ Como si Aspasia, que solo contaba entonces veinticinco años, no tuviera lo bastante con su propia hermosura y talento, realzados por el culto casi idólatra de cuanto entonces había en Atenas de juventud, de belleza y de elegancia, y de opulencia en los extranjeros, para estar segura, ya que no de la absoluta fidelidad de su marido, al menos de su amor, y de su consideración.

— La misma acusación, como sabéis, pesó en su tiempo contra Fidias; esperemos que fuese también calumniosa.

— Quizá no del todo: mas, volviendo á Aspasia, tengo para mí que así durante su primer matrimonio, como en el segundo y hasta su muerte, fué aquella mujer, estrictamente fiel á sus deberes de esposa, fuera de

un solo caso, en el cual á la verdad si no pecó fué porque no pudo. En suma y atendidas las costumbres de su época, Aspasia fué tan virtuosa y tan delicada como bella y docta.

— ¡ Delicada, decis! ¿ Y Lysicles el tratante en ganado?

— ¡ Otra necedad de las de los sabios eruditos! Quién de ellos toma el negocio por lo trágico; quién, lo pone en ridículo: cada cual juzga el tal casamiento á su manera, y según su temperamento le hace militar bajo las banderas de Heraclio, ó seguir las de Demócrito: pero todos olvidan que siendo Atenas un Estado democrático, bien podía un hombre allí, sin perjuicio de tener distinción y talento, comerciar en reses vacunas. Extasiarse ante Cincinato viéndole arar con sus propias manos, después de ser en Roma dictador, y de triunfar en la guerra; y se escandalizar de Lysicles que si enviaba al mercado sus rebaños, hacía lo sirviéndose del ministerio de los esclavos! La presunción de capacidad está en su favor en el mero hecho de haberse dignado Aspasia darle su mano: pero á mayor abundamiento no hay amor, no hay elocuencia de mujer que baste, á hacer un Arconte de un hombre estúpido.

— Quizá, repuse yo tímidamente, quizá Aspasia á quien su primer matrimonio elevó á superior esfera, volvió por el segundo á la natural y propia.

— ¿ Qué es lo que queréis decir con eso?

— Que Aspasia era una *Hetaira*, clase legalmente inferior, excluida de los sacrificios, de las ceremonias públicas.

— No, no; exclamó mi erudito con un calor que me dejó atónito. No, y mil veces no! Voy á probarlo. Las *Hetairas* asistían á las ceremonias y sacrificios de que habláis; visitaban á las mujeres casadas, y estas les pagaban las visitas. Tenemos el furor de referirlo todo á nuestras costumbres, y precisamente lo que á nosotros nos indigna y nos rebela, pasaba apenas por culpa venial entre los Griegos. ¡ Excluidas! ¿ Y porqué?

— ¡ Por sus muchos amantes! En compensación, señor mío, tenían belleza, ingenio y elocuencia, dotes que, á los ojos de aquel culto discreto pueblo, servían de pantalla y salvoconducto al amante, lo mismo que entre nosotros un buen marido.